



DE LOS DÍAS PERDIDOS.—

Recuerdos y Cantares de Mi Infancia

Bajando va una pastora,
Toda cubierta de pieles,
y por detras se veía
debajo de unos laureles...

¡Qué hermosa canción! Y cómo sigue vibrando su grata melodía en la memoria de mis recuerdos, al lograr el milagro de una sintaxis feliz en el coetáneo rombo de más de sesenta años y que hoy me permite ver —on tanto difuminada, pero macha y superante como una vieja fotografía— las minas de Tamayo, mi patria minera, inolvidable y querida, y acaso perdida para siempre con todo lo que allí fue mío en los días lejanos de mi infancia... Mi padre, viejo piquero: "Hijo", mi gato regalado; "Pituro", el perro de la casa; el tordo guacho que se paseaba por el patio y el pequeño jardín, "delectando" con el ruido el movimiento de las lombrices bajo la tierra húmeda, que tanto apetecía, y junto a la grises, restringidas de la ropa y cantando antiguas canciones, mi madre, ahogada y sufrida como todas las mujeres humildes de las minas y de las laderas.

No recordo, para empezar, esa primera estrofa de "La pastora" porque me gustó desde la primera vez que la oí, cuando era todavía un niño. Fue una tarde que habíamos ido con mi madre a buscar chaminas en los salidos de la mina "Calizante" hacia el lado de Las Niñas, cuando una pastora desfilaba arreboló el tambor y las lomas frías con el empuje de su canto.

Mi madre también cantaba siempre; cuando lavaba, en la cocina o cuando hacía los cuartos. Yo aprendí todas sus canciones favoritas: "Las violencias", "El blanco clave", "La pelonchita", "El castaño", "Reminiscencia", "La estrella de Venus"... Asimismo, otros cantares de guita-rreros amigos de la casa: cuecas, contrapuntos, rufalzas y esquemas. La Peñita Pizarro, las niñas (sus hijas), de mi madrina Calinda y la "Jusita Capuela" eran como heriadas

con honda para "poner de moda" todo lo nuevo que llegaba por esos rincos tan apartados del mundo.

Mi madre y mi padrino me enseñaron a cantar y recitar las novedades que aparecían en algún cancionero de principios de siglo: "El diablo se cayó al fuego", "El casamiento de mis cinco hermanas", el "Loro viejo diplomado" y los bromes de zapateros, herreros, carpinteros, que se prestaban para poner la nota alegre en cualquier reunión:

Brindo, dijo un carpintero
con el serrucho en la mano,
ofreciendo al parroquiano
los muebles, de enero a enero:
Buen alegre y placentero
alza la copa, hermita,
se lo bebía bien, todita,
y no dejó una gota,
y bebido por las ojetas
que te dejó la haitia.

Los mineros que trabajaban con mi padre, me aplaudían y premiaban mis "preocidades" con monedas de cobre, cinco de plata que habían cruzado la barrera del siglo, y alguna vez uno o más trozos de "plata de cruz".

Pero de aquellos viejos cantares de mi infancia, cuáles los más apasionantes eran los dedicados al Niño Jesús, a su madre, María, y al Viejo José, personajes tan queridos de la trilogía gloriosa del Pesebre. Los "poculeros", en la Parroquia, cuando hablabamos, o en la majada de mi madrina, en la hacienda del Caldo. El Niño, gordito, risueño, humilde sobre su cuna de paja. Y los animales en adoración alrededor de la Familia Sagrada y de los Reyes que habían llegado, guiados por la estrella de Belén.

Las flores silvestres no podían faltar en el nacimiento del Niño Dios y allí aparecían sus tallos en toda suerte de cacharritos: las huacas, los vrios del cerro, los niños de pajares, los velones que se encendían en las grandes festividades de la Iglesia, los faroles chinosos y las figuritas de greda del Socuro. Todo eso uno podía verlo a la hora del Rosario. Más tarde había, por supuesto, Misa del Gallo, pero como los niños debíamos recogerlos temprano, quedábamos privados de asistir al milagro del Pesebre en los instantes en que el gallo anunciaba alborozado: ¡Cristo nació!...

De todo ese ceremonial divino "los pequeños" de entonces sólo pedíamos informarnos por lo que nos enseñaban los mayores. Claro que después, ya en pleno día de Pascua, disfrutábamos de bastante libertad en la parroquia de la mina para movernos, cachichear y pasear la vista con cierto desparpajo por todo aquello que nadie ignoraba que era santo, pero que, a pesar de lo maravilloso del nacimiento, uno podía estar cerca del Niño, contemplarlo arrebolado, sentirlo y hasta entonarle en voz baja un villancico minero o una coplita popular de letra jugosa, pero inspirada en los motivos de la Natividad:



Los Reyes Magos entraron
a la ciudad de Belén,
y no daban a quien
por el Niño preguntaron.
Y cuando no lo encontraron
un pedrito les cambié
les dije: ¡Cristo nació!
y cantaba y respetaba,
y según lo que decía
el Mesías anunció.

Los poetas de antaño eran entusiastas e inspiradísimos para cantar, incluso para criticarse. En buena ocasión, como sus sobreros epistoleros, que Tristán Montoya se fiaba a sus amigos del alma Sánchez Benítez. Tenemos un botón, para muestra, de la misiva "impresa" en El Centro Japón, el 21 de agosto de 1906, en Colón:

¡A mí cargo que te alquile
escribiré, te lo juro,
a lo divino, a lo humano,
a lo feo y a lo apio,
vuelvas al Niño's Dios,
a San Pablo y San Casimiro,
regístrate a las chiquillas
y a las viejas un poco... salta.

En retentadas preñas, la cosa era distinta. Se podía estar en ellas con comodidades redondas a San Marquitos, a No José y "al Niño que está en la cuna"... Y también cuecas dedicadas a la Nochebuena.

Es grato recordar todo esto en días de víspera navideña, sobre todo si lo hace un viejo cronista como yo, que viene tratándola con el siglo y, a pesar de tantos inviernos, todavía puede apelar a su memoria para evocar entre los días perdidos y extrañar escenas y aventuras que han jalado mi vida humilde, pero feliz a troches —y a pesar de todo—, porque he recorrido tanto camino y aún puedo, ahora, cerrar los ojos frente a mi vieja Underwood para mirar hacia la lejanía de mi infancia (que sentaba, Arnoldo), tan sencilla y magnífica con sus Pascuas pobres, sin juguetes ni golosinas, pero alegres e impresionantes con sus nacimientos inolvidables: "cuya instante de plenitud gloriosa seguramente fue anunciado en las noches tamayinas de la Navidad, por el callido divino del Pesebre.

José María Sánchez

Recuerdos y cantares de mi infancia. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Recuerdos y cantares de mi infancia. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile